



Según la sabiduría popular, tan honda en ciertos casos como desdeñada ó mal comprendida, cada individuo nace con un sino, á cuyo influjo pocas veces le es dado substraerse.

Se ignora, pero es evidente, que nada hace uno, bueno ó malo, que no esté supeditado á esa indiscutible predestinación, y que son estériles los esfuerzos hechos para combatir los designios secretos de esa estrella, como algunos la llaman. Ejemplos sobran para demostrar semejante afirmación, sin perjuicio de que los perjudicados en el asunto vuelvan á las andadas, por si no resultaren ciertos los toros.

No agregaré que en las lides amorosas suelen echarse de ver fenómenos sumamente curiosos al respecto; pero se sabe que no basta, v. gr., tener rostro agraciado, gallarda apostura y deseos circunspectos para conquistar los favores femeninos (hoy tan exigentes), y que de infinidad de monstruos se tiene noticia de lo mucho que les sonríe la fortuna en tales aventuras.

Lo mismo puede decirse del trabajador que no logra mejorar de suerte; del sabio que da lo más selecto de su espíritu para que lo aprovechen los ganapanes de la legión seudo científica; de cien otros á quienes todo les sale precisamente al revés de lo que les conviene y, acaso, merecen.

Hay quien se lamenta de no tener con quién dar gusto á la lengua, y desean la proximidad de la gente como se desea el agua que se bebe.

¿Quién había de decirlo? Mi destino es justamente la antítesis de aquello, y ya no sé á qué santo encomendarme para ahuyentar el maleficio. Los vecinos... he aquí el problema.

Ya sé yo que se les puede tener cortesías, respetuosos, circunspectos. Los hay que constituyen un alivio, un incentivo, un encanto á veces. Cuestión de cultura, de principios, ¿qué más da? Descubriera yo que tienen estas cualidades y ya se sabe: la consabida estrella haría de modo que se frustrasen mis deseos de encontrar en ellos un solaz para el espíritu. Y se irían... muriendo; ó se

irían con el santo á otra capilla. ¿Será que carezco del don de gentes?—me pregunto inquieto.—Y si me cargan y los tolero ¿será por docilidad de carácter?

A lo primero, claro, la gente le llama ordinario, y á lo otro, cobardía.

No hay... no hay remedio: mi mala sombra serán siempre los vecinos.

Otra faz de este peliagudo problema es que no he tropezado con uno que no tenga necesidad de mí; exactamente lo opuesto de lo que me pasa con respecto á ellos: no me hacen falta para nada y no me hacen... gracia ninguna.

—Esto—me digo—es docilidad de carácter.

Llegará el caso de no estar yo de humor bastante claro para tolerar impertinencias y soñaré un tacho.

—Esto—agrego—es carencia de don de gentes.

Hágame usted, ahora, el servicio de decirme qué debo hacer en tan delicado disparadero.

Cierta mañana me disponía á llevar mi familia á un pueblo de campo. Estaba mi consorte ocupada en la vestimenta, cuando llegó la criada de mis vecinos á suplicarle, en nombre de su ama, casi nada: que le facilitara un con que aquélla tenía necesidad de asegurar el sombrero y...

ocultar de paso un poquitín su fealdad.

Y se lo llevó, haciéndome pensar que, entre el paseo de la primera y el de mi mujer, el bendito don de gentes aconsejaba lo que hice.

Hace bastante tiempo que no consigo leer á mi paladar los periódicos de la mañana. He descubierto que mis vecinos tienen la costumbre de hacerlo, además de la costumbre de no comprarlos... La discreción... y lo demás, me obligan á no privarlos de lo primero ni á incucirlos á lo segundo.

Viene luego el capítulo infantil, al que de fijo creen ustedes menos molesto.

Sin embargo, tanto diga sobre el particular *palidece ante la realidad*.

Para la madre son, naturalmente, unos angelitos de Dios. Y lo serán, pero en su casa, donde apenas suelen estar á la hora de la comida.

La pobre señora, muy ocupada en parlotear con cuanto incauto se le pone á tiro, no tiene tiempo de vigilarlos. Si á mano viene (y viene casi siempre), la criada se encarga de su... educación.

Este tópico suele tener muchos bemoles que yo no he sabido descubrir con la diligencia necesaria para que no sufriese detrimento... el don de gentes.

Ello es que no me ha sido posible ocultar lo mucho que me disgustaba la audacia... angelical de los vástagos de mi vecina, y por ende hele dicho cuanto al respecto me ha venido en mientes.

Y no me ha faltado nada para morir de un sofocón...

Ni criaturas más limpias; ni niños más moderados; ni hijos más inocentes. Una maravilla, en fin.

Está visto que mi sino es cometer desafueros indignos de la amistad y de la armonía entre vecinos. Todo eso es, según entiendo, natural consecuencia de la necesidad de vivir. Y que no buscare refugio en el desierto, debe de imaginárselo el lector, pues al fin y á la postre, me hace falta el comercio con el género humano... para no poder hojear periódicos, ni sacar á paseo á mi cónyuge, ni llamar por su nombre á los chicos que están al cuidado de los sirvientes.

PATER.